

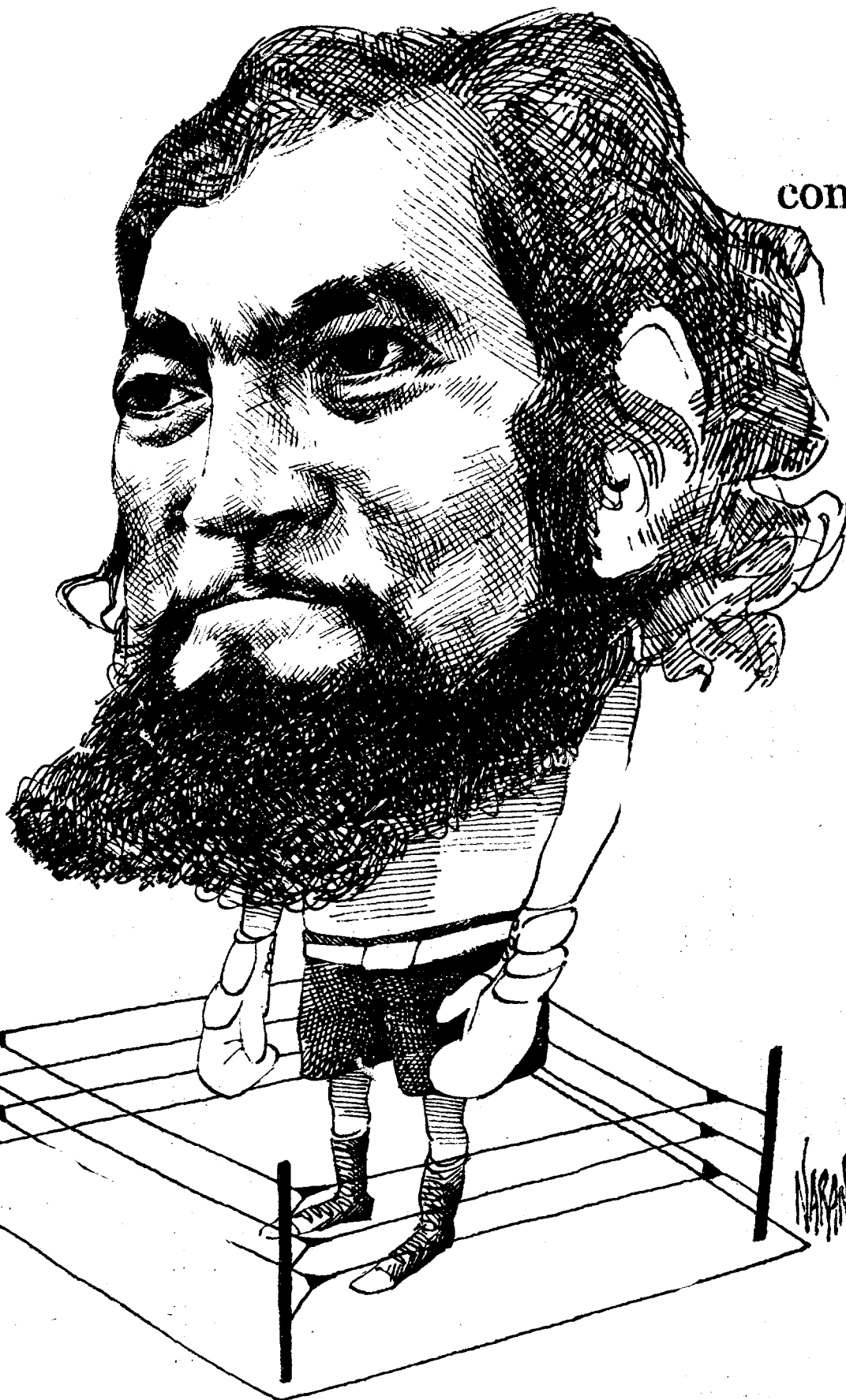
DIORAMA DE LA CULTURA

cortáza

fantoma

contra los vampiro

multinacionale



Basándose en una historieta publicada en México, en la cual aparecía como personaje, Julio Cortázar elaboró un relato que combina la prosa con el comic y que acaba de ser publicado por EXCELSIOR. Presentamos las páginas iniciales.

De cómo el narrador de nuestra fascinante historia salió de su hotel en Bruselas, de las cosas que vio por la calle, y de lo que le pasó en la estación de ferrocarril.

LA reunión de Bruselas del Tribunal Russell II había terminado a mediodía, y el narrador de nuestra fascinante historia tenía que regresar a su casa de París, donde lo esperaba un trabajo bárbaro razón por la cual no tenía demasiadas ganas de volver; esto explicaba su tendencia a demorarse en los cafés, mirar a las chicas que paseaban por las plazas, y revolotear por todas partes como una mosca en vez de encaminarse a la estación.

Ya tendría tiempo en el tren para reflexionar sobre lo sucedido en esa dura semana de trabajo; por el momento sólo le había interesado cerrar los ojos del pensamiento y dedicarse a no hacer nada, cosa que según él merecía de sobra. Le encantaba la vagancia por una gran ciudad, deteniéndose en las vitrinas, tomándose un café o una cerveza cada tanto en lugares donde la gente hablaba de otras cosas y vivía de otra manera, y sobre todo mirando a las chicas belgas que como todas las demás chicas de este mundo eran esencialmente mirables y admirables. Fue así como nuestro narrador pasó largas horas derivando, caboteando, orzando y anclando en diferentes lugares de Bruselas, hasta que bruscamente entre dos tragos de una ginebra y la pitada al cigarillo que se situaba exactamente entre los susodichos tragos, se dio cuenta de algo curioso, la presencia inconfundible de una multitud de latinoamericanos en los lugares más diversos de la ciudad.

Recapitulando (se le iba a ir el tren, pero por otra parte estaba ya a una cuadra de la estación y con un buen sprint llegaría a tiempo) se acordó de los dos dominicanos hablando animadamente en la plaza mayor, del boliviano que le explicaba a otro cómo comprarse una camisa en un supermercado del centro, de los argentinos que dudaban de la calidad del café antes de animarse con grandes palmadas en los hombros y entrar en un local de donde acaso saldrían agonizando. Pensó en las chicas (¿colombianas, venezolanas?), cuyo acento lo había decidido a arrimarse lo más posible, sin hablar de las minifaldas que constituían otro poderoso motivo de interés. En resumen, Bruselas parecía sensiblemente colonizada por el continente latinoamericano, detalle que al narrador le pareció extraño y bello al mismo tiempo. Pensó que una semana de trabajo en el Tribunal, donde el español había sido la lengua dominante, lo sensibilizaba demasiado a los fenómenos meramente turísticos; pero a la vez tuvo la impresión de que no era así y que hasta el aire olía a pampas, a sabanas y a selvas, cosa más bien

infrecuente en una ciudad tan llena de belgas y cervecerías.

"Exiliados, claro", pensó el narrador. "No tiene nada de extraño ni aquí ni en cualquier otra parte. De Chile, de Uruguay, de Santo Domingo, de Brasil: exiliados. De Bolivia, de Colombia, la lista era larga y siempre la misma: exiliados. Algunos habrían acudido para asistir a las sesiones del Tribunal Russell para dar testimonio de persecución y de tortura; otros ya estaban allí, ganándose la vida como podían o sobreviviendo en un mundo que ni siquiera era hostil, simplemente otro, distante y ajeno. En Munich, en París, en Londres era lo mismo, las voces latinoamericanas, los gestos reconocibles, las sonrisas o los largos, melancólicos silencios. Turismo: la mera palabra era un insulto, una bofetada. Bien se distinguía a los turistas, su manera de vestir y su aire de vacaciones. De todos los que acababa de ver, acaso solamente las dos chicas venezolanas eran turistas; el resto estaba ahí barrido por el odio de lejanos despotas, haciendo frente a su destino de incierto término. Los exiliados, el vago perfume de pampas y sabanas y selvas.

Arrancándose a una tristeza inútil, el narrador tranqueó casi supersónicamente la distancia que lo separaba de la estación. El viaje sería largo, y pensó comprar un diario o una revista; vio el quiosco multicolor a la entrada de los andenes, y como faltaban siete minutos para el rápido de París, se abalanzó hacia la posible lectura. No contaba con lo imprevisible, en forma de una señora anteojuda y agazapada en su

reducto de papeles impresos, que lo miró severamente y se quedó esperando.

—Señora —dijo estupefacto el narrador después de echar una ojeada al quiosco—, aquí lo único que se ven son publicaciones mexicanas.

—Que le va a hacer —dijo resignadamente la señora—, hay días en que pasa cualquier cosa.

—Pero es imposible, usted me está engañando y ha escondido los diarios belgas.

—Moi, monsieur?

—Sí, señora, aunque las razones de su insólita conducta me parezcan más bien inconcebibles.

—Ah, merde alors —dijo la vieja—, a mí no me venga con reclamaciones, yo vendo lo que el concesionario me pone en los estantes, bastante tengo con las vârices y con mi esposo que se pescó la radiactividad por culpa de las meliuzas contaminadas, dígame si es vida.

—¿Entonces yo, señora, si quiero entrar en la marcha de la historia de aquí a París, tengo que zamparme un diario azteca?

—Mire, señor —observó sorprendentemente la vieja—, la historia viene a ser como un bife con papas fritas, uno lo pide en cualquier lado y siempre tiene el mismo sabor.

—De acuerdo, pero...

—Vaya a saber —dijo la señora—, porque ahora que uno lo piensa despacio eso de los diarios mexicanos viene a ser más bien una tomada de pelo, ¿no le parece?

—Menos mal que usted lo admite —se alegró el narrador—. Qué diablos, México no está a dos cuerdas de Bélgica, ¿no?

—Seguro —dijo la señora—, esos países quedan por el lado del Asia, es sabido. ¿A usted le parece que en Méxi-



co la merluza está también contami-
nada?

—Yo la merluza casi no la conozco
—confesó el narrador—, el vacuno me
invade el menú, qué le va a hacer.

—Es una lástima —dijo la señora—,
porque gratinada y con una coronita de
beurre es propiamente regia, sin contar
que por la noche uno apaga la luz y
fostresce, viera qué hermosura en el
medic de la fuente, el médico dirá lo
que quiera pero la radiactividad tiene
su encanto.

—¿Y yo esta revista tengo que pagar-
sela con águilas mexicanas, señora?

—De ninguna manera, el concesiona-
rie no acepta pájaros, aquí estamos en
Bélgica y usted me garpa dos francos
por esta revista.

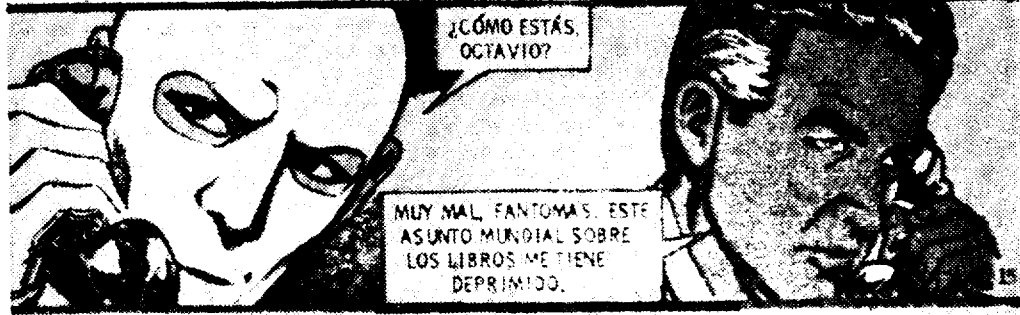
—Se me va el tren, señora —dijo
agitado el narrador.

—Culpa suya, señor, por no tener
cambio. Dos, tres, cuatro, cinco, y este
de cinco y otro de cinco que hacen quin-
ce, espere que no tengo más monedas,
entonces le doy uno, dos, tres, cuatro
y cinco, total veinte, merci beaucoup.

—Qué andén será, Dios querido.

—El cuatro, señor, todos los trenes
para París salen del cuatro, menos al-
gunos que salen del ocho, y ahora que
me acuerdo hay otro por la tarde que...

De cómo el narrador alcanzó a tomar
el tren in extremis (y a partir de aquí
se terminan los títulos de los capítulos,
puesto que empiezan numerosas y bellas
imágenes para dividir y aliviar la lec-
tura de esta fascinante historia).



fantomas contra los vampiros multinacionales

Por JULIO CORTAZAR

PROVISTO de lectura en la forma que se acaba de explicar, el narrador trepó al expreso de París que ya tomaba velocidad, y después de catorce vagones protuberantes, de turistas, hombres de negocios y una excursión completa de japoneses, dio con un compartimiento para seis, donde ya cinco confiaban en que con un poco de suerte tendrían más espacio. Pero plok, el narrador puso la valija en la red y se constituyó del lado del pasillo, no sin prospectar en el asiento de enfrente a una rubia que empezaba por unos zapatitos con plataforma de lanzamiento estratosférico y seguía en sucesivas etapas hasta una cápsula platinada envuelta ya en el humito que precede al cero absoluto en Cabo Kennedy.

Lo más desagradable era que el cura, la señorita y el señor enarbolaban sendas

publicaciones en el idioma nacional, tales como *Le Soir*, *Vedettes Intimes*, etc., razón por la cual parecía casi idiota abrir una revistita llena de colorines en cuya tapa un gentleman de capa violeta y máscara blanca se lanzaba de cabeza hacia el lector como para reprocharle tan insensata compra, sin hablar de que en el ángulo inferior derecho había un avisito de la Pepsi-Coia. Imposible dejar de advertir por lo demás que la rubia platinada desprendía una ojeada cibernética hacia la revista, seguida de una expresión general entre parece-mentira-a-su-edad y cada-día-senos-meten-más extranjeros-en-el-país, doble deducción que desde luego dificultaría toda intencionalidad colonizadora del narrador cuando empezara a reinar la atmósfera solidaria que nace en los compartimientos de los trenes después del kilómetro noventa. Pero las revistas

de tiras cómicas tienen eso, uno las desprecia y demás pero al mismo tiempo empieza a mirarlás y en una de esas, fotonovela o Charlie Brown o Mafalda se te van ganando y entonces FANTOMAS, *La amenaza elegante*, presenta

LA INTELIGENCIA EN LLAMAS

—Boletos —dijo el guarda.

Un episodio excepcional... arde la cultura del mundo... ¿Vea a FANTOMAS en apuros, entrevistándose con los más grandes escritores contemporáneos!

“¿Quiénes serán?”, pensó el narrador, ya captado como sardina en red de nailon, pero decidido a aceptar la ley del juego y leer figurita por figurita sin apurarse como manda la experiencia del placer que todo zorro viejo conoce y acata, un poco a la fuerza es cosa de decirlo. En fin, la cuestión era que...

INCOMPLETO